

PRÓLOGO

Actores de procesos de cambio

JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ BEUNZA

Universidad del País Vasco

Los medios deben ser adecuados a los fines. Andoni Artola se propone explicar un proceso histórico complejo, el desarrollo eclesiológico de la Iglesia de España que le lleva «de Madrid a Roma», de una estructura de lealtades compartidas entre el rey y el romano pontífice, a un marco de fidelidad unívoca al papa. Y esto en una cronología extremadamente moviente que transita del Antiguo Régimen a la revolución política liberal, a través de los reinados de Carlos III, Carlos IV, la Revolución francesa, la guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz y el reinado de Fernando VII.

Si se tratara simplemente de describir, como suele ser frecuente en los últimos tiempos, bastaría con tener sentido común y saber narrar, que no es poco. Pero se trata de algo infinitamente más complejo, explicar cómo se producen procesos de cambio de tanto calado como el que aborda el autor. Y para ello hace falta una reflexión metodológica.

La tesis de Andoni Artola es una excelente demostración de la pertinencia del análisis relacional sobre el que venimos teorizando desde hace tiempo. Sus resultados demuestran de forma sobresaliente la utilidad de partir de los actores sociales, de sus interacciones y experiencias compartidas, para entender mejor cómo se producen los procesos históricos de cambio, esto es, cómo estos actores producen colectivamente determinada historia y no otra.

El autor estudia el desarrollo eclesiológico del episcopado español en el complejo proceso de cambio político que se produce entre mediados del siglo XVIII y mediados del siglo XIX. Y no lo hace recurriendo a cómodos «actores alegóricos», la Iglesia y el Estado, como si se tratara de la relación dialéctica entre dos entes, sino desde los actores efectivos que dirigieron ambas instituciones y, en particular, desde los grupos que, en el seno de la jerarquía eclesiástica, pugnaron entre sí sobre la dirección a seguir y, a la postre, condujeron la nave a través de este complejo proceso de cambio.

A lo largo de toda su demostración, Andoni Artola conecta, en cada momento, los actores sociales con las ideas y las instituciones, de modo que se pueda observar, «desde dentro», la propia dinámica en que se produce el cambio: las afinidades gregarias, los conflictos de ideas y de intereses, los compromisos cambiantes entre esferas, las opciones enfrentadas, las formas, tortuosas muchas veces, en que unas se abandonan y otras prevalecen, en definitiva, el modo en que las interacciones entre los actores van construyendo esta historia.

La fuerza de su demostración viene dada no por la seguridad que procura escribir la historia desde el conocimiento *a posteriori* de sus resultados, lo que permite atribuir su evolución a la acción de actores alegóricos, *Deus ex machina* como el Estado y la Iglesia, con los que, a toro pasado, todo cuadra, sino desde los actores efectivos del proceso: desde las fuerzas que, en la incertidumbre de cada presente, entre las alternativas que pugnan en cada momento, hicieron que esa historia fuera, efectivamente, la que fue, y no otra que hubiera podido ser.

La base de la investigación de Andoni Artola es una prosopografía relacional. Para estudiar la agencia de los actores de los procesos de cambio no basta con una prosopografía tradicional, de tipo atributivo, centrada en recoger los atributos de los individuos. Esta presupone que la clase o grupo de personas que comparten los mismos atributos de origen social, estatus, fortuna, nivel cultural, etcétera, tienen un comportamiento semejante. Los atributos de los individuos son ciertamente importantes e inciden en su comportamiento, pero este no está predeterminado ni es automático, y, por lo tanto, requiere ser observado en sí mismo: partir de las acciones e interacciones de los individuos para entender según qué afinidades o rivalidades se agrupan y actúan colectivamente en un campo social.

En cualquier caso, el trabajo supera la aparente disyuntiva por elevación: establece una base de datos que no es cerrada, que no clasifica la información en categorías establecidas de antemano, sino abierta, y que incluye todo tipo de datos, tanto los «atributos» como las «relaciones» con las que los individuos se vinculan efectivamente en sus trayectorias.

Para ello, reconstruye las carreras de más de quinientos obispos y episcopables entre 1760 y 1833. Siguiendo sus trayectorias vitales, observa las experiencias que comparten y en que cuajan sus ideas, conexiones y rivalidades: las afinidades juveniles y estudiantiles que establecen en unas vías de formación y de reclutamiento comunes, los vínculos que favorecen el ascenso a lo largo de sus carreras, su vinculación a unos preladados, la capacidad de los obispos para preparar y propulsar a sus sucesores. Descubre las conexiones de unos y otros con los pastores más influyentes a la hora de orientar al conjunto del episcopado. Observa asimismo sus relaciones con el rey y sus ministros principales, o con el papa y sus nuncios. Reconstruye la concesión de la gracia regia, las mediaciones e influencias personales que intervienen en cada caso. Este estudio de las interacciones, conflictos y valimientos que se producían en torno a la presentación de candidatos es realmente apasionante. También analiza las vinculaciones de los obispos fuera de la institución eclesiástica, en particular con los diferentes sectores de las élites gobernantes al servicio del rey, y cómo la conexión o la desconexión con estas élites de la esfera política tiene mucho que ver con su compromiso o aceptación de la política de la corona, o con su alejamiento de ella.

Este análisis relacional le lleva a descubrir funcionamientos que no conocíamos. Uno de los más sorprendentes, sin duda, es el hecho de que la corona no tenía tanto poder ni control sobre el episcopado como se ha dicho. En la práctica, la elección del

rey se limitaba a escoger entre un grupo de episcopables previamente formados y seleccionados, en el seno de la jerarquía eclesiástica, por los obispos, los cabildos y las órdenes religiosas. Por lo tanto, la composición del episcopado dependía esencialmente de movimientos específicos en el seno de la propia Iglesia, en que intervenían grupos de eclesiásticos con trayectorias conjuntas, intereses gregarios y visiones eclesiológicas compartidas, que pugnaban por copar la jerarquía y desarrollar sus concepciones particulares de la constitución eclesiástica.

Para entender esto en su especificidad, el autor se aleja de las categorías políticas ajenas a la constitución eclesiástica y aprehende las diferentes eclesiológicas en presencia: las formas propias, pero abiertas a discusión, de entender la misión, jerarquía, organización y legitimidad de la Iglesia, así como las ideas sobre cómo debían ser las relaciones entre la esfera eclesiástica y la esfera política.

Andoni Artola conecta el estudio de las ideas con las redes de relaciones en que estas se generan, se transmiten o se reelaboran. Aquí radica una de las aportaciones mayores de su tesis a la historiografía. Observando el conjunto del episcopado, percibe la diversidad de sectores que pugnan en cada momento en los conflictos de ideas y en la defensa de intereses particulares y colectivos. Partiendo de la identificación de las personas que participan en diferentes redes sociales, descubre sus afinidades y sus desacuerdos, su relación con las ideas que están en juego, tanto como sus intereses en la pugna por acaaparar los cargos del episcopado. Las relaciones establecidas a lo largo de su *cursus*, los diversos apoyos y enfrentamientos, son claves para comprender el posicionamiento de estos individuos en una corriente determinada. En estas trayectorias, los eclesiásticos desarrollaban afinidades personales e intelectuales, se unen en grupos, se impregnan de determinadas ideas, conciben formas semejantes de ver las cosas, reciben el apoyo de sus protectores para acceder a las mitras. La relación entre el desarrollo de una carrera, la formación de grupos y la comunión de ideas tenía consecuencias en la selección de quiénes accedían a una mitra y quiénes no. Y los enfrentamientos entre distintas maneras de entender lo eclesiástico tenían bastante que ver con estas trayectorias.

Más allá del ámbito eclesiástico, este modelo de análisis abre la vía a una renovación historiográfica de la historia intelectual, mostrando cómo se pueden aunar, en la práctica, el estudio de las ideas con las redes de relaciones. Las ideas no operan en un mundo fuera de los actores sociales. Se forman, se difunden, se modifican en la interacción de los individuos en sus trayectorias vitales. Sin embargo, parece que, con la crisis de los grandes paradigmas de la historia social del siglo xx, el viejo idealismo campa a sus anchas. Pareciera muchas veces que las ideas flotan en un espacio virtual, desconectado de lo social, que el pensamiento se produjera de forma independiente, impulsado por sí mismo, que los conceptos se difundieran sustentados por unos autores y unos medios de difusión desvinculados de las estructuras sociales del mundo intelectual.

Si la historia de «conceptos en contextos» reduce estos a otros textos, se queda en «intertextualidad», sin una base social que la explique. Entonces, los conceptos surgen, se modifican o se suceden en un espacio autónomo y su historia se reduce a «genea-

logías conceptuales», a secuencias de conceptos y significados que se retroalimentan a sí mismos. En estas condiciones, la atribución de la agencia intelectual, más allá de la nómina de autores y obras, corre el riesgo de ser circular (como ideas propias de determinadas corrientes de pensamiento, o de momentos históricos), sin que sepamos realmente en qué entornos efectivos se producen y difunden, qué sectores las aceptan, cuáles las rechazan, cuáles permanecen al margen, y por qué.

El seguimiento que hace Andoni Artola de los individuos en sus trayectorias, acciones y relaciones no se queda en la mera identificación de grupos, intereses y estrategias, menos aún en un episcopologio. Se orienta a observar la vinculación efectiva entre los actores y el sistema, su relación con los marcos institucionales, las estructuras y los procesos históricos en que estos actúan. No solo como un telón de fondo dado, sino como algo que construyen. Los actores actúan en unos marcos heredados del pasado, sí, pero al mismo tiempo los transforman con su acción. En este sentido, las estructuras son efectos emergentes de redes sociales.

El análisis relacional es un instrumento adecuado para observar esta relación dinámica entre actores y sistema. Podríamos decir que la reconstrucción de redes sociales se sitúa en ese nivel *mezzo* que conecta la observación de las acciones, conductas e ideas de los individuos y grupos que percibimos a nivel microsociedad con las estructuras organizativas y los sistemas normativos en las que estos se insertan y actúan. Esta percepción relacional de los actores en sus contextos permite percibir los procesos a través de los cuales la agencia de los diferentes actores genera tendencias y transforma el sistema.

Para terminar, el trabajo de Andoni Artola no solo permite descubrir «cosas nuevas». El hilo conductor de los actores sociales relaciona y conecta entre sí —desde su coherencia histórica interna— problemas aislados, que conocemos de forma desconectada, y permite, por tanto, integrarlos en una explicación global más coherente. Esta es la gran virtualidad de la historia construida a partir de los actores sociales y de sus relaciones.

En los años ochenta se produjo una crisis de los grandes paradigmas científicos que unificaban la investigación histórica. Se deshizo entonces la creencia de que la sociedad era un todo estructurado que evolucionaba guiada por algún principio rector de carácter universal, que confería unidad al proceso y lo dotaba de sentido. Hasta entonces, el historiador podía aspirar a construir un relato dotado de unidad en el que todos los niveles estuvieran trabados y guiados por una ley de desarrollo que determinaba el futuro. Sin embargo, los modelos empleados para intentar recomponer esa globalidad terminaron siendo desechados por los historiadores. Su pretensión de explicar la historia a partir de un principio dominante de inteligibilidad, su concepción de la sociedad como una estructura en que unos elementos determinaban a otros, solo podían funcionar al precio de una reducción drástica de lo real y de aceptar unas cadenas de dependencia que a la postre resultaron inaceptables.

En los últimos años, en medio de la tendencia a una «historia en migajas», descompuesta en ítems más o menos desconectados entre sí, se abre paso un nuevo principio

de globalidad, con el objeto de escribir una historia que sea de nueva explicación de procesos de cambio y no mera descripción. Una historia que parte de los hombres y mujeres como agentes de los procesos de cambio y que encuentra su principio de coherencia en la unidad del sujeto.

No por conocido el principio deja de ser apremiante:

El homo religiosus, el homo oeconomicus, el homo politicus, toda esa retahíla de hombres en us, de la que se podría alargar la lista hasta el infinito, son cómodos fantasmas, y el peligro sería grave si los tomáramos por otra cosa. El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, que lo reúne a la vez todo [Marc Bloch].

Partir de los hombres y las mujeres como sujetos, como actores efectivos de la historia, considerando sus experiencias e interacciones en todos los órdenes (puesto que en su acción lo reúnen a la vez todo), abre la vía a una nueva historia global. No como suma de ítems, sino como percepción de la coherencia interna con que los actores conectan los diferentes elementos y producen la historia. De todo ello, la tesis de Andoni Artola ofrece una excelente demostración.

La coherencia de esta historia no viene de un modelo de explicación predeterminado, exterior a la observación empírica, sino de un principio unificador que se sitúa en el mismo origen en que se produce y se manifiesta la historia, en el punto de partida mismo en que la observamos: los actores sociales que construyen su historia en cada momento. La observación de los actores en su misma acción —en sus experiencias e interacciones en diversas esferas— revela la relación íntima y efectiva entre ellas, entre dimensiones de la historia que, de otro modo, solo podríamos observar como cosas separadas, o solo podríamos conectar mediante modelos sobrevenidos que impongan lógicas históricas, supuestas cadenas de dependencia o determinación.